

Carlos Prendez Saldías

Domingo Melfi

Difícilmente podría hallarse entre los escritores chilenos uno de actitud más serena ante la vida que Domingo Melfi.

Fuí su amigo durante treinta años y quiero pensar, ahora que su espíritu está marcado con la ceniza del misterio, que fuí yo el culpable de nuestro distanciamiento. No quiero sostener ante su muerte una actitud irreductible.

Serenidad de mozo ilusionado y firme serenidad de varón que ha sufrido todos los sinsabores; no tuvo jamás a flor de labio la palabra de condenación que yo digo en cada hora de mis días frente a la pobreza moral de mi tierra. Apenas si una sonrisa despectiva; o una frase irónica suya, castigaba al gobernante mediocre cuya insignificancia dañina era muy a menudo el tema candente en el bullicioso corrillo de escritores. Ponía en sus actitudes la elegancia del desengañado permanente que no tiene fe en la enmienda colectiva,

y más de una vez le oí decir que sólo de las generaciones venideras podría esperarse algo noble.

Pero si Melfi no fué hombre de arrebatos fustigadores, en su apacible retiro escribió esas páginas enjundiosas de «Dictadura y mansedumbre» e «Indecisión y desengaño de la juventud», en que afirma de manera rotunda sus ideales democráticos y abre generosos horizontes de patriotismo.

Su labor de crítico literario, que no es escasa, estuvo siempre destinada a impulsar vocaciones que él creía fuertes y sinceras. Sólo después de buscar y rebuscar—y temo que esa faena resulte infructuosa para quien la intente— podría darse con alguna página en que asome la reprimenda del magister.

Yo que le conocí profundamente, que compartí en diaria fraternidad sus luchas, sus vacilaciones y sus anhelos de escritor, puedo afirmar como nadie que la crítica literaria no le atraía, que la consideraba oficio menor, y que sólo llegó a ella porque creía que no se habían fijado con justicia los valores de nuestra literatura.

No es mi ánimo hacer una biografía, ni siquiera una breve silueta, de quien escribiera esas páginas perdurables de «El hombre y la soledad en las tierras magallánicas». Sólo he querido dejar, en estas líneas escritas entre los cerros quemantes de Aconcagua, mi angustiado recuerdo para quien fuera el compañero de mi juventud enardecida.

Jahuel, Febrero 21 de 1946.